

Karina Beltrán, la mano que acaricia la redondez del mundo

Gopi Sadarangani

Tiendo mi cuerpo aquí.
Hay algo dulce en él
para el hambriento.
Hundidle vuestras manos.
Comedlo como carne
o como agua.

Comed

Hasta que yo desaparezca" [1]

Inmerso en el misterio sobrecogedor que inundaba la naturaleza de las sombras intangibles, el hombre romántico se atrevió a pintar la soledad infinita en medio del abismo para afrontar sus miedos más negros, y así poder luego mirar hacia el cielo estrellado sin desazones ni hechizos sobrenaturales, disfrutando tan sólo de la indefinible belleza que encierra el encuentro hacia lo que nos cose como un hilo de uno a otro.

Esta travesía vital que enhebra naturaleza, pensamiento y muerte no limita la búsqueda de lo primigenio a un universo medular, a una entraña de la madre tierra sino que habita y vuelve a cada instante en nosotros mismos. En nuestros sueños, en los sedimentos más perdidos de nuestra memoria. *My body practicing being death* no ofrece respuesta, sólo el fluir que sabe que ninguna comprensión puede estar fuera si no late muy dentro, como un flujo abierto, como una metamorfosis. El sentido de estas fotos recoge un itinerario en el que Karina Beltrán se construye, cegada por la idea de tener la máxima claridad en la idea de oscuridad completa, cuando al cerrar los ojos nos quedamos en la sombra infinita que despeja todos los caminos.

Foto: Louie Fasciolo

Los escenarios que definen su mundo poético, su personal cartografía, su interés por las dualidades expresivas: ocultación-revelación, luz-sombra, imagen-reflejo, vida-muerte, han ido deslizándose hacia espacios en los que su mirada continúa ahondando en el laberinto de la existencia utilizando su propio retrato. Más allá de sus luces y sombras, de su naturaleza transparente y enigmática a la vez, que está en todas partes, en las calles, en las ciudades y en las casas, su condición es ahora donde pueda el Deseo confabular con la Muerte. Deseo y muerte, mar y cielo, desengaño y mundo. Para, tendida, avanzar como un río entre la niebla, hasta desembocar en ese anhelo del alma, en el deslumbramiento de los astros que pertenecen a la misma constelación donde el arte traza su luminoso círculo en torno al negro agujero de la muerte. Recreando en su cuerpo yacente un tiempo perpendicular a la marcha de los corazones. Sus espacios son el de un amor a ras de suelo, que sabe del soleado sur pero también del frío y las sombras.





I close my eyes...

La sensación de estar en un campo helado y, de pronto, al despertar la luz del sol, sorpresiva y brillante luz de invierno con toda esa materia y el insistente rumor del reloj de la muerte... Poéticamente, de nada nos sirve la mirada sino es como punto de partida de un complejo proceso de elaboración/reelaboración de cuanto hemos visto o vivido. Desde esa perspectiva, para Karina Beltrán la fotografía es medio de revelación y descubrimiento de lo no visible, simiente de la realidad o médula de la vida. Con la pretensión de iluminar ese sutil sendero, hecho de sombras y claridades y donde la vida y la muerte se trenzan y relacionan, que es la existencia.

Vivir con la muerte, sostenida propuesta de meditación acerca de ese viaje que va de la mirada al núcleo de la existencia. Y el cuerpo propio como materialización del ser y la reflexión acerca de su utilidad para expresar, ese territorio donde vida y muerte ejercen su dialéctica. Como adelanto del instante que finalmente lo borrará del espacio. Aunque todavía no haya desaparecido totalmente del espacio suyo, siente que ya es ignorado en él. El mundo se convierte en nuestra negación porque nos reduce a lo que somos. Quien no se engaña está obligado a llegar a un acuerdo con la muerte, a un compromiso entre el miedo y la esperanza.

Dueña de esa rara aptitud para vincular lo que cura con lo que hiere, Karina Beltrán se sabe reina de su propia alma. Los lugares fulgurantes que descubre, frente al peso del mundo son orgullosamente lugares de

amor en imágenes que crecen sobre la línea precisa de una razón hecha de belleza y luz. Sólo alguien que necesita creer que la vida puede ordenarse de otra forma, y la muerte, puede desde el interior de lo cotidiano describir fotos que son las huellas de una claridad diseminada por la mano que acaricia la redondez del mundo.

Buscando un equilibrio sin certezas, sus espacios menudos adquieren el efecto final de su "último espectro expresivo" otorgando a todo lo que calla su secreto, su rastro de piedad y masedumbre. Travesía donde el cielo tiene la misma densidad que el agua, y la felicidad el mismo signo que la desesperación.

Enigmático viaje existencial, un sueño real e irreal como la vida y una misteriosa escenografía: decorado casual de cosas prácticas para una muerte nunca calculada, como todas las muertes. Todo fluye mientras el hombre duerme, todo sucede casi en las manos del azar, como un accidente. ¿Qué podemos hacer de nosotros y nuestra cascada de imágenes inolvidables si no somos salvadores del mundo?

Tal vez sucumbir a la eternidad en su floración de estrellas y seguir el distintivo silencioso de los astros. Y hablar en nombre, todavía, de aquel secreto que se anhela, con los mismos crepúsculos y auroras, sin soledad alguna, con levedad, como fluye el agua cuando cae. Formemos parte del cielo, seamos ese trozo que atraviesa el camino misterioso, la



aventura del planeta que estalla en pétalos de sueños. Una metáfora de la fugacidad con que la vida resuelve niñez, juventud, vejez.

Acerca de esa experiencia de fugacidad del tiempo, podríamos decir que el espejismo de lucidez en el que se desenvuelven los tiempos modernos hasta la contemporaneidad agitada de nuestros días, vuelve más inalcanzable y oscura la temporalidad. En una época en que la inteligencia se distancia genéricamente del ser humano, las vidas humanas no pueden abrirse a los múltiples sentidos en la instantaneidad sin el reconocimiento de la incógnita del tiempo y del espacio. Nuestra existencia se desgarrará entre la unidad que nos envuelve y la experiencia de la fragmentación, sin embargo, asumiendo la instantaneidad de la vida, somos capaces de proyectarla como experiencia de la pluralidad.

Karina Beltrán cosecha un recorrido subjetivo sembrado de aspiraciones a una validez universal: aun no siendo más que un testimonio propio podrá decir algo de valor a otros hombres.

Estas fotos que expresan su mundo son como una pintura que les transmite un aspecto que puede remitir a la necesidad, a la confrontación reflexiva con los espacios vividos, con las emociones experimentadas, con las realidades, en definitiva, que conforman su existencia. Es alguien en algún sitio, lugares sencillos a donde acude a esperar lo sublime. Donde se hace visible esa sensualidad nada abstracta que es un declarado modo

artístico y poético. La piel y la luz, como esa epidermis traslúcida del ser que muestra y esconde a un tiempo, que incita y abre, que genera un trasmundo, un fragmento de interioridad de lo profundo, un haz de luz para el futuro. Su carnalidad tangible pone al cuerpo como organismo en relación directa con la realidad del mundo, ser contemporáneos quiere decir que somos simultáneos y la emoción o el pensamiento están al servicio de esa peculiar construcción y canalización de su propia muerte que es esta obra, metáfora de la carne sobre la tierra y que nace del conocimiento de unos límites que tienen el simple nombre de cuerpo. Así, reclama una serenidad casi ascética. Frente al vértigo el oasis.

Por eso Karina hace de éstos sus rincones de muerte desembocadura... La épica caleidoscópica para aquellos ojos que disfrutan de ese gozo al que se accede cuando el vértigo muta a equilibrio perfecto. Donde el más tímido gesto del instinto tiene una gravedad de insospechado movimiento del ala, cuya dirección impone su invariable destino hacia lo perdurable. Para poder decir cosas que tienen el tamaño simplemente del hombre porque al final no somos otra cosa que las historias que contamos sobre nosotros mismos. Es ese cuerpo vivido por cada uno de nosotros, el último extremo de todos los signos y valores, el que puede decir tanto en los nuevos espacios que tenemos abiertos en estos tiempos tan extraordinarios.

[1] Ada Salas, *Lugar de la derrota*. Hiperión. 2003.